

**EPISTEMOLOGÍA DE LA HERMENÉUTICA ANALÓGICA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES DE LA
CIENCIA**

ANALOGICAL HERMENEUTIC'S EPISTEMOLOGY FOR SOCIAL STUDIES OF SCIENCE

MAURICIO BEUCHOT.

UNAM, MÉXICO, D.F.

Recibido: 04/11/13

Aceptado: 02/12/13

Resumen: En estas páginas trataré de abordar algunos de los problemas epistemológicos que surgen de una hermenéutica analógica; o, si se prefiere, me esforzaré por esbozar la epistemología de la hermenéutica analógica, viendo su aplicación para los estudios sociales de la ciencia.

Palabras clave: Analogía, hermenéutica, ciencia, epistemología

Abstract: In these pages I will try to address some of the epistemological problems that emerge from an analog hermeneutics, or, if you prefer, I will endeavor to outline the epistemology of the analogical hermeneutics, seeing its application to social studies of science.

Key words: Analogy, hermeneutic, science, epistemology.

Introducción

Se ha considerado a la epistemología, por una parte, como teoría general del conocimiento, como crítica, o gnoseología, o epistemología general; y también como teoría específica del conocimiento científico; frecuentemente se unen los dos lados o las dos perspectivas en una sola, de modo que la epistemología comience tratando problemas del conocimiento en general y, al último, problemas específicos del conocimiento científico. De esta última forma, abarcando los dos aspectos, entenderé aquí la epistemología. Trataremos del conocimiento que se da en la hermenéutica, concretamente en la hermenéutica analógica, y veremos cómo se aplica a las humanidades; así, pues, sólo será epistemología de las ciencias humanas. En ellas es donde más se aplica la hermenéutica.

Hermenéutica y conocimiento

La hermenéutica es la disciplina de la interpretación de textos. Comenzó siendo una técnica o arte de exégesis, y ha llegado a ser, con Heidegger, un existenciarismo o modo de existir del ser humano. En todo caso, sigue siendo la actividad interpretativa, que lleva a la comprensión del sentido del texto, y así la tomaré en estas páginas.

Hablo de una hermenéutica analógica porque veo que la hermenéutica hoy en día está distendida y tensionada hacia hermenéuticas unívocas, que pretenden una interpretación clara y distinta, completamente exacta y rigurosa, de los textos, y hacia hermenéuticas equívocas, que se diluyen en interpretaciones oscuras y confusas, vagas y ambiguas, de los textos. Si la univocidad es un ideal muy pocas veces alcanzable, la equivocidad es una derrota que conduce a muy poco, las más de las veces a nada.

Por eso he pensado en una hermenéutica analógica, pues la analogía está en medio de la univocidad y la equivocidad, y aprovecha las ventajas de cada una de ellas. De la univocidad aprende el ideal de exactitud, pero es consciente de su dificultad; y de la equivocidad aprende la apertura, pero sabe que no se puede exagerar, que es imposible alcanzar la completa diferencia, y que, en todo caso, hay que evitar esa disolución tan extrema.

Eso plantea, para la hermenéutica analógica, problemas epistemológicos; por ejemplo, el de cómo alcanza la exactitud en la interpretación, cosa que no debe abandonar; y, con la apertura que pretende, qué tipo de verdad alcanza, esto es, qué clase de objetividad y de certeza. Asimismo, de qué mecanismos o dinanismos cognoscitivos dispone para alcanzar sus metas, y otros problemas por el estilo. Además, ya que la hermenéutica se aplica sobre todo a las ciencias sociales o humanidades, nos toca ver cómo se aplica a las ciencias humanas.

La desembocadura de nuestro trabajo es un realismo analógico, en el que no solamente nos interesa el papel de la inteligencia y la razón en el conocimiento, lo cual sería demasiado unívoco, sino cómo integra la imaginación o fantasía y los sentimientos, pero no sólo ellos, o en demasía, pues eso sería excesivamente equívoco. Ese realismo trata de conjuntar, de alguna manera

dialécticamente, como coincidencia de los opuestos, la inteligencia/razón y la fantasía/sentimientos; ya que la razón es lo que nos ata a la referencia, pero la fantasía y los sentimientos son lo que nos ata al sentido.

Esto hará que cumplamos el deber epistemológico que tenemos para con la hermenéutica analógica, que consistirá en perfilar, al menos incipientemente, sus alcances y límites, sus dificultades cognoscitivas. De este modo podremos evitar, sobre todo, el escepticismo actual, que se presenta en forma de subjetivismo y, principalmente, de relativismo. Me refiero al relativismo en la interpretación, a la postura que pretende que no hay ningún criterio cierto o confiable para decidir entre una interpretación y otra, para argumentar a favor de una o de otra, y que solamente hunde a la hermenéutica en el mar tormentoso de las interpretaciones que dan lo mismo y la hace naufragar. De hecho la hunde en el vacío.

Teorías de la verdad

Así pues, la hermenéutica analógica, al ser conocimiento y comprensión de textos, se conecta con la verdad de los mismos. Hay una verdad textual, una verdad de los textos, así como hay una verdad en el conocimiento. Si podemos decir que conocemos en alguna medida la realidad, también podemos decir que somos capaces de interpretar en alguna medida los textos. Aquí se presenta el problema de la verdad hermenéutica. Y se retoma de acuerdo con la misma discusión que hay entre las teorías de la verdad en la epistemología.

Suelen distinguirse (sobre todo en la filosofía analítica, de la cual tomaremos esto) tres teorías de la verdad. Los portadores de verdad son los enunciados, que expresan los juicios de la mente. En efecto, la mente elabora conceptos, y con ellos, juicios. Y, así como los términos son signos de los conceptos, así los enunciados son signos de los juicios. Por eso los portadores de verdad son propiamente los enunciados.

Una es la teoría de la verdad como coherencia: basta con que un discurso sea coherente, para que sea verdadero. Otra es la teoría de la verdad como correspondencia: para que un discurso sea verdadero, tiene que adecuarse a la realidad. Y otra es la teoría de la verdad como consenso: si nos ponemos de acuerdo acerca de algo, eso es verdadero. Yo prefiero juntar las tres en una sola. Para que un discurso sea verdadero, el requisito mínimo es que tenga coherencia; pero, además, requiere adecuarse a la realidad, reflejarla (es lo principal); y por eso logra el consenso (algo es verdadero no porque nos ponemos de acuerdo sobre él, sino que podemos ponernos de acuerdo sobre algo porque es verdadero).

También se habla de la verdad de Husserl, que es la de la evidencia fenomenológica. Algo es verdadero cuando resulta evidente para nosotros. Y está, además, la verdad de Heidegger, según la cual, la verdad consiste en el des-encubrimiento o *alétheia*. Pero ambas se pueden concordar con la verdad como correspondencia, la del realismo, porque la evidencia de un fenómeno hace que nuestra mente se adecue a él y el que haya des-encubrimiento quiere decir que hay algo a lo que corresponde nuestro conocimiento, como lo veremos más adelante.

Tras haber planteado el problema de la verdad en general, pasa a colocarse en la hermenéutica. En ella tenemos el trabajo de interpretar textos, y queremos, por cierto, llegar a su verdad, por lo menos lo más que se pueda. Con ello se nos presenta el problema de la verdad en cuanto a la interpretación de los textos. Se trata de la verdad textual. ¿Puede alcanzarse la verdad textual? Es decir, ¿puede alcanzarse el significado literal de un texto? ¿Nunca se llega a lo que se dijo textualmente, literalmente? ¿Solamente se logra alguna aproximación a la verdad textual? Tal parece que sólo se alcanza la verdad del texto como aproximación. Y esto depende de la idea de verdad hermenéutica que tengamos. Por ello, trataremos de ver cómo se aplica a la hermenéutica el problema de la verdad.

El problema de la verdad en hermenéutica se ha planteado sobre todo como la pugna entre la verdad correspondentista o de adecuación, que exige definición y criterios fuertes, y la verdad como desvelamiento o des-encubrimiento, de procedencia heideggeriana, que no parece tener definición ni criterios firmes, pero es lo que Heidegger (y, antes de él, Nietzsche) legó a la hermenéutica, la cual es heredera de la fenomenología y del existencialismo, o, si se prefiere, de esa hibridización que hizo Heidegger de la fenomenología de Husserl y del historicismo de Dilthey en *Ser y tiempo*.

La verdad como correspondencia o adecuación es la que hemos mencionado como de Aristóteles, recuperada para el tiempo reciente por Alfred Tarski. Es la que supone un acuerdo entre los enunciados y los hechos, entre las palabras y las cosas. En cambio, la verdad como des-encubrimiento es muy diferente. Es, según Heidegger, la verdad griega o *aletheia* tomada en sentido clásico, de acuerdo con su etimología, como descubrimiento o, más propiamente aún, des-encubrimiento. Es, sobre todo, el descubrimiento de un horizonte de sentido en el que se coloca al mundo, de modo que se abra la posibilidad de la verdad. Es, según Heidegger mismo, una experiencia más vivencial o existencial, que él describe como de iluminación (*Lichtung*), cuando se pone algo a la luz, en una especie de claro del bosque.

Ambos modelos de verdad, o ambas teorías de la verdad han luchado ya un buen tiempo; sin embargo, recientemente se han dado esfuerzos para compatibilizarlas; para marcar su no contradicción e incluso su complementariedad, y hasta a veces se ha dicho que la una necesita de la otra, que no sólo son complementarias, sino que se conectan con necesidad lógica. Entre estos esfuerzos por mostrar su compatibilidad se encuentran los de Franco Volpi, Maurizio Ferraris y Ramón Rodríguez. Me centraré en el de este último, ya que a los otros les he dedicado mi atención en otros lugares.

Combinación de verdades

¿Cuál es la verdad propia de la hermenéutica? ¿Cuál es la verdad propia de una hermenéutica analógica? Ciertamente la verdad de la hermenéutica, dada la herencia heideggeriana que tiene, no es sólo la verdad como correspondencia, de Aristóteles, sino una más amplia, que es la que Heidegger plantea como el desvelamiento o la pertenencia de los enunciados a un horizonte de sentido, la apertura de un mundo. Esto significa que la verdad correspondentista de los enunciados sigue teniendo validez, pero subsumida en una verdad más amplia, más original, la que el propio

Aristóteles veía como pre-enunciativa, anterior a la predicación lógica, esto es, la verdad del ser, una verdad no lógica, sino ontológica.

Mas, como nos recuerda Ramón Rodríguez, la verdad —igual que el ser— se dice de muchas maneras. Hay una verdad lógica o del enunciado, otra ontológica o del ser, otra empírica, otra racional, etc. No son incompatibles si se guarda su diferencia, su proporción y su lugar. Otra vez es la analogía, como proporción y como atribución (la que da la proporción y la que atribuye un lugar), la que nos ayuda a salvar la verdad como adecuación dentro de aquella verdad, más general, del desocultamiento o desvelamiento, que es la del ser, la cual, por ello mismo, es no sólo la más original, básica y abarcadora, sino la más importante, de la que dependería —por cierta participación— la de adecuación.

La misma verdad de adecuación estuvo presente en la hermenéutica durante su historia. Aspiramos a que nuestras interpretaciones sean verdaderas, en un sentido de la adecuación: que reflejen el significado del texto y la intencionalidad del autor (Grondin, 2005). Queremos que haya algún criterio, así sea no rígido, para decidir cuál de las interpretaciones en pugna de algún texto es la que mejor refleja lo que el texto significa. No está de más lo que nos recuerda el mismo Ramón Rodríguez en un tono algo habermasiano, a saber, que lo que cuenta es nuestra pretensión de verdad, y cómo hacemos para sostenerla, lo cual —como es sabido, y en la línea de Habermas— se logra con los argumentos que ofrezcamos precisamente a favor de la verdad de nuestra interpretación.

Por eso es muy irresponsable sostener que en la hermenéutica ya no tienen lugar la verdad como adecuación ni la argumentación. La experiencia hermenéutica ciertamente nos abre a una dimensión más amplia de la verdad, a esa verdad más original y más abarcadora; pero eso, en lugar de excluir la adecuación, la subsume en esa verdad más abierta. Tiene que haber una forma de discernir entre interpretaciones rivales, es algo propio de la *phrónesis*, tan de la hermenéutica, que es la deliberación, esa argumentación retórica que me parece suficiente para tener criterios y argumentos en orden a decidir la verdad o falsedad de una interpretación. Incluso en la filosofía de la ciencia, aun cuando ya no es enunciativista, esto es, ya no considera las teorías como conjuntos de enunciados, sino como conjuntos de actividades (Wittgenstein), conjeturas (Popper), paradigmas (Kuhn), programas de investigación (Lakatos), sistemas holísticos (Duhem y Quine), estructuras (Stegmüller) o tradiciones (Laudan), eso no desbanca la verdad como adecuación, simplemente ya no le confiere un lugar exclusivo, sino que la subsume en el todo más amplio que configuran la actividad social, los paradigmas, programas, estructuras, etc. La contrastación (ya sea en términos de verificación, como decía Carnap, o de falsificación, como la cambió Popper, etc.), tiene lugar dentro de esas formas más abarcadoras. Es la humildad de la contrastación, propia de la verdad correspondentista, posterior a la coherentista y anterior a la pragmatista (que se da por la utilidad, el uso o el consenso) o hermenéutica (que, de hecho, es una verdad ontológica).

El sentido, a nivel sintáctico, la referencia, a nivel semántico, y la intención, a nivel pragmático, se reúnen todas en el nivel más elaborado (pues lo más puede lo menos), están presentes en el último, que es el pragmático. Al nivel sintáctico, se ve el sentido; al nivel semántico, se supone el sentido y a partir de éste se va a la referencia; a nivel pragmático, se suponen los dos anteriores y se añade el uso, intención o consenso; y la hermenéutica coincide con la pragmática, de modo que en la hermenéutica se ven el sentido, la referencia y el uso o intención. Todas las dimensiones del signo o de la significación se reúnen, pues, en la hermenéutica.

Más en concreto, si la hermenéutica no puede renunciar a la verdad como adecuación, que subsume dentro de la verdad como manifestación, esto se hace con mayor derecho en una hermenéutica analógica, es decir, la que quiere, por una parte, escapar del univocismo de la sola verdad como adecuación, demasiado formal, aunque semántica; y que, por otra parte, quiere escapar también al equivocismo de no tener ningún criterio para confirmar su pretensión de verdad, y encargarlo todo a una verdad como desvelamiento, ontológica, originaria y a veces tan misteriosa que no alcanza a servirnos para nuestro modesto quehacer filosófico “cotidiano”. Una hermenéutica analógica tiene que combinar la verdad *apofántica* y la verdad *epifánica* (esto es, la aristotélica, como enunciación, y la heideggeriana, como manifestación o des-encubrimiento), ambas conciliadas de modo que ya no sean contrarias, sino complementarias, que se enriquezcan y afiancen la una a la otra.

De hecho, una hermenéutica analógica puede conservar una noción de correspondencia o adecuación que sea complementaria de la noción de verdad como descubrimiento. Precisamente el descubrimiento o des-encubrimiento que se realiza al captar la verdad es el de la correspondencia de la interpretación con el texto interpretado, la verdad textual. Se descubre la adecuación de la interpretación con el texto en cuestión (la cual nunca es completa o unívoca). De otra manera, si no es la verdad que se encuentra en la relación de la interpretación con el texto, sería una verdad ontológica, dada en la relación del texto con el intérprete; pero aquí requerimos de una verdad gnoseológica o epistemológica, pues se trata de las condiciones de nuestro conocimiento y comprensión de los textos, donde se juega la verdad de nuestras interpretaciones. Pretender la pura correspondencia, o una correspondencia pura, tendría visos de univocidad, y ésta es inalcanzable. La verdad como puro descubrimiento correría el peligro de la equivocidad, pues estaría supeditada a los intereses e incluso caprichos del intérprete, que podría ver, fenomenológicamente, diversos descubrimientos como perspectivas irreductibles. Pero una correspondencia o adecuación analógica basta para evitar la pretensión de la univocidad, y además para frenar el vertiginoso remolino de las perspectivas de la mostración, los contextos de descubrimiento, que pueden fugarse y fragmentarse, dejándonos sin conocer la verdad del texto.

En el camino de un realismo analógico-icónico

En lo que sigue, me propongo exponer, en una primera aproximación y con breves pinceladas, la idea de un realismo analógico-icónico. Tiene como instrumento conceptual la hermenéutica analógico-icónica. Ahora se presentan juntas, porque ambas se complementan y se apoyan mutuamente.

Este realismo analógico-icónico es uno que admite que partimos de un gran monto de subjetividad, esto es, de equivocidad, pero en tensión tendencial o intencional hacia el objetivismo de la univocidad, para lograr lo más que podamos. Y es que, ante todo, es un realismo, y eso implica atención a lo dado, a lo real, sobre todo al mundo humano. Mas lo analógico-icónico implica que, más allá de lo dado (y que siempre tenemos que reconocer y contar con él, en el ámbito de lo biológico, por ejemplo), está lo que construimos (que es lo que pertenece al mundo cultural, sobre todo al simbólico, que aquí añadiremos al icónico), es decir, la creatividad, principalmente con la

fantasía o imaginación, y que, además de buscar lo creativo, busca lo estético. Y es que el signo icónico se divide en imagen, diagrama y metáfora, y abarca la gama de aspectos que hemos señalado.

Y, ya que la hermenéutica analógico-icónica es el instrumento conceptual de este realismo, hay que mencionar que la hermenéutica tiene que ver con la interpretación y comprensión de textos, y la analogía es iconicidad, por lo cual podemos hacer imágenes, diagramas y metáforas de los textos, es decir, interpretaciones válidas que abarquen esta gama tan amplia. Eso nos hace ver cómo el concepto de ícono o de signo icónico nos puede ayudar en la construcción de ese realismo hermenéutico, que a primera vista suena contradictorio.

Todo ello repercute en nuestra antropología filosófica, o filosofía del hombre, pues es donde más encontramos la presencia de la iconicidad, del realismo poético, sobre todo en la idea-imagen del hombre como microcosmos o compendio del mundo universo. Algo que se desprende de esa antropología filosófica es la condición histórica del hombre. El hombre tiene una parte equívoca, que es su historicidad, pero que se puede dirigir tendencialmente hacia la univocidad, que es la razón; aunque sólo se alcance la analogicidad, en esa captación de la esencia o naturaleza del hombre encarnada en historia, dada en el proceso o devenir histórico. Lo cual nos conecta con la filosofía de la historia, desde esa perspectiva del realismo analógico-icónico.

Y, para atender a la historia, tenemos un ejemplo o paradigma de este realismo en el devenir histórico de la filosofía, concretizado en la figura de Giambattista Vico (Beuchot, 2004). Él, con su ontología fantástica y sus universales poéticos, nos sirve de ejemplo y orientación para nuestra búsqueda de una filosofía de la historia en este sentido.

Esto encuentra aplicación en los estudios sociales de la ciencia, tal y como ha ido desarrollando Juan R. Coca (2010), donde pueden ser muy fecundos el realismo y la hermenéutica en su vertiente analógico-icónica. Ya desde el legado de la Antigüedad clásica griega éste culmina en un realismo en la enseñanza. Lo mismo sucede con la Edad Media, el Renacimiento y el Barroco. Y desemboca en una educación para el sentido de la vida.

En cuanto a su construcción teórica, el realismo analógico-icónico nos presenta, sin duda, un aspecto ontológico, que es el que le da amarre y solidez, y un aspecto analógico-icónico, que lo enlaza con la fantasía y la estética. Es decir, tiene un aspecto poético, que se entiende en el doble sentido de la *poiesis*, de creación y de pretensión de belleza. Por una parte, se quiere dejar lugar a la objetividad y a la verdad, sabiendo que sólo será en lo que tienen de humanamente alcanzables, y también a la creatividad de la imaginación y a la búsqueda de la belleza, tan inacabable en el hombre como la de la verdad y la bondad.

Por eso, al hablar de lo que es el realismo analógico-icónico: su posibilidad, naturaleza y esencia, se destacan los dos polos de objetividad y creatividad. En eso se hace muy presente la hermenéutica analógica, ya que se trata aquí de una objetividad analógica, no unívoca ni equívoca, y de una creatividad también analógica. Una objetividad unívoca es demasiada exigente, incluso pretenciosa, y resulta inalcanzable, falsa para el ser humano. Una objetividad equívoca no es objetividad, sino que se derrumba en el relativismo extremo, del que no se sale. Y una objetividad analógica trata de resguardar el realismo, pero sabiendo que nunca será pleno, y que siempre habrá algo de relativismo y equivocidad. Una creatividad unívoca no es tal, pues consiste en repetir lo ya dado y sabido; una creatividad equívoca se pasa, y destruye todo lo anterior, lo cual resulta inoperante y hasta

imposible; en cambio, una creatividad analógica no trata de partir de cero, como en el equivocismo, pero supera la repetición, que es propia del univocismo.

Al igual que la analogía, la iconicidad es una categoría clave para este realismo, y por eso se trata de una hermenéutica analógico-icónica. El ícono es un modelo, y siempre análogo, pero con eso basta, y nos da un suficiente realismo para que no se nos diluya en un esteticismo mal comprendido.

Por eso se aplica el realismo analógico-icónico a los estudios sociales de la ciencia, porque del concepto del ser humano que se tenga dependerá lo que se emprenda en la sociedad. Asimismo, desde la concepción que se tenga de lo humano se pasa a la historia, que es donde más se ve en ejercicio dicha manera de entender al ser humano, la cual redundante en la concepción de la historia. Es lo que nos ha enseñado Giambattista Vico.

También se aplica a la educación, ya que es ella también un lugar donde ejemplarmente se plasma la concepción del hombre, es como un ícono de la misma. Sobre todo se ve como educación en el sentido de la vida y no sólo en lo intelectual, sino también como educación de los sentimientos. Sin estos últimos no puede darse un realismo analógico-icónico cabal, el cual trata de aglutinar lo racional y lo emocional o afectivo (Beuchot, 2010).

Igualmente, se aplica a la psicología, concretamente al psicoanálisis, lo cual no es más que otra exhibición de nuestro concepto de ser humano, de la condición humana, que se puede apoyar con la psicología.

Con ello se nos presenta lo que obtenemos como ganancia de nuestro trabajo hermenéutico. Ese jornal no es exiguo: la consideración de lo objetivo y lo poético en nuestra realidad, en nuestro mundo humano, en nuestra sociedad y nuestra historia. Sentido de la verdad, pero también sentido de la emoción. Trabajo del intelecto y, también trabajo del afecto, aldeaño a la imaginación.

Conclusión

El trabajo del pensamiento abstracto, que hemos desarrollado aquí, nos ha conducido a un realismo y a una hermenéutica que van estructuradas en la analogía y la iconicidad. Es un realismo epistemológico y ontológico, no ingenuo ni dogmático, como sería si se planteara desde la univocidad de los positivismo, pero tampoco demasiado débil y exiguo, que es el que nos ha dejado los relativismos posmodernistas, tan excesivos.

Es un realismo en el camino de la analogía, acompañado por una hermenéutica que usa de la analogía y la iconicidad, ya que la iconicidad es analógica. En ese sentido los íconos, modelos o paradigmas nos son de utilidad para plantear nuestro conocimiento de la realidad. Lo mismo cuando vemos a los grandes pensadores como paradigmas, ya que lo han sido por su capacidad de orientación y de iluminación del camino.

Referencias bibliográficas

- Beuchot, M. (2006). “Verdad”. En: M. Beuchot – F. Arenas-Dolz (dirs.), *Diez palabras clave en hermenéutica filosófica*, Estella (Navarra, España): Ed. V.D.: 449-474.
- Beuchot, M. (2009). “Aspectos de la retórica de Giambattista Vico”, en H. Beristáin – G. Ramírez Vidal (comps.), *Ensayos sobre la tradición retórica*, México: UNAM, pp. 327 ss.
- Beuchot, M. (2010). *Hermenéutica analógica, educación y filosofía*, Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Coca, J. R. (2010). *La comprensión de la tecnociencia*, Huelva: Hergué.
- Grondin, J. (2005). “La fusion des horizons. La versión gadamérienne de l’*adaequatio rei et intellectus*?”, *Archives de philosophie*, 62: 401-418.
- Grondin, J. (2006). “La thèse de l’herméneutique sur l’être”, *Revue de métaphysique et de morale*, 4: 472.